

Juliana León Suárez*

Pero, ¿dónde está el cuadro?

Teóphile Gautier



I

Frente a él, en una proximidad íntima y cómplice. Sin mí, él no existe; sin él, yo no existo. La sensación recorre todo mi cuerpo. Entra por los pies, en donde siento lo bueno y lo malo: ira, por ejemplo. Esta felicidad aterradora también me engarruña los dedos entre los zapatos, me pone ansiosas las palmas de las manos, sudorosas, anhelantes de tocar, de confirmar con el tacto tanta belleza.

* Bogotá, 1980. Tecnóloga industrial. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana. Magíster en Investigación Social. Egresada del Taller de Escritores de la Universidad Central. Tiene publicaciones en lingüística y ficción. El cuento "Óleo" ganó el concurso interno del TEUC. leonjuliana@hotmail.com



Poca luminosidad llega desde la entrada del fondo. Casi todas están mirándome, lo sé, lo hacen con disimulo, de soslayo, sin inquietarme, con cierta indiferencia. Solo ella lo hace directamente con sus ojos pequeños y hundidos. Solo él lo hace directamente con sus ojos negros profundos. La estancia, en penumbra y parsimonia, me asfixia, o ¿será que el agite del viaje y la descarga de las maletas en la pocilga de los itinerantes me ha afectado la respiración? No es parsimonia, es reverencia. La estancia es invadida por el olor de la reverencia interrumpida, de la espontaneidad falseada. En el espejo, al fondo, pueden verse dos rostros: los reyes.

2

Le profesa un amor enfermizo, más bien le odia con profunda dedicación. Viste de negro desde el cuello, mangas largas y falda hasta el piso. Sus manos producen espanto: pequeñas, regordetas, aladas al trazar el curso de su pensamiento en el aire mientras habla. Una expresión de carita triste pronunciada, con gesto de resignación, casi de dolor inmerecido ofrecido por natura, le afecta el rostro.

Toda la atención está puesta en ella y quizás, ahora en mí. Le ha quitado protagonismo a Margarita, parece su oposición: deforme, sudorosa bajo el vestido, se inclina hacia adelante cuando camina y chasquea con la lengua aun cuando no hable. Hoy ha experimentado el deseo, ese hervor en el vientre que le despierta a medianoche y que nunca ha saciado. Casta, mas no ingenua. Infantilizada por los otros hasta los huesos, cada vez que habla, los demás sonrían de ternura, pero sus palabras son amargas notas.

3

Máximo me dejó a la entrada de un museo, por una de las avenidas principales de Florencia, el recuerdo es vago, borrado por el sol y el calor asfixiante de verano solo comparable con el de Honda en plena subienda. Soy una bogotana viajando a tierra caliente. Aturdida y asfixiada, con los pies hinchados y a reventar de tanta caminata. La cabeza siempre bombeando y una sensación de estar en medio de un sueño brillante porque el efecto de tierra caliente permanece aquí y en Girardot: no puedo confesar que he perdido mi capacidad de asombro por el efecto del cansancio y del sol, que ni la tenue brisa del río Arno logra disipar mi confusión, que al único que logro comprender es a Mersault, como nunca antes.

Máximo me ha dejado porque ya me hastía su compañía y no quiero darle más besos. Me encontró bajo la ventana de la Casa Dante, con el sombrero en la mano y limpiándome el sudor de la frente. Me dijo en italiano lo mismo que me dijo –ya no recuerdo quién– en Paris y lo que el optómetra oportunista habría dicho en Bruselas: que si me acompañaba. Esta vez no desconfié de unos ojos negros muy negros y árabes, como uno de los ladrones de Alí *babá*, ni me interné, no sé por qué razón, en el subterráneo sin saber para dónde iba, detrás de un hombre que paraba, manoteaba, me hablaba en francés y seguía manoteando hasta que me llevó a la Torre Eiffel, ni mascullé el poco inglés que sabía para quitármelo de encima aunque estuviera muy triste porque había terminado con su novia. Esta vez tampoco utilicé a mi compañero de caminata para encontrar una cabina telefónica en una noche mágica frente al *Niño que orina*, noche de arreboles y sol y saxofón de cara al *Palacio del Rey*, pero sí volví a hablar de Shakira, El Pibe y René Higuaita. De Máximo acepté su compañía porque hacía calor, porque por primera vez entendía plenamente lo que me decían y porque el cierre de mis vacaciones de verano –así es como la llaman en países de estaciones–, debía de ser algo voluptuoso.

4

"Mar-ga-ri-ta", braman en la galería de palacio. Todas corren risueñas por el pasillo. No se distinguen muy bien a media luz. María Agustina se sonroja con cualquier indiscreción e Isabel, más bien sumisa, se la pasa haciendo reverencias. Margarita, en cambio, ha conocido siempre su sitio y toda postura de orgullo se encarna en cinco años de imperturbable existencia. Si han interrumpido no es por complacer a la niña, es porque buscan a la enana que siempre se queda tan perpleja ante las pinturas o, ¿ante el pintor?

5

Ambos hemos asumido un nuevo papel frente a la cantidad, más asfixiante aún que el sol, de los turistas, nos hemos convertido en otro par de excursionistas estúpidos y preguntamos y comentamos cosas simples aunque sabemos más que eso. He venido hasta aquí para ver el Domo, los museos, *el David*. Desconocía que estaba repleta la ciu-



dad de reproducciones y me supe más ignorante al creer que cada una era la de verdad. Odias los museos y no son precisos para tu propósito. Por eso me llevaste a lo alto de Florencia, a un mirador desde donde se alcanza a ver la cúpula y el río y las calles, pero no la gente. Me sugeriste algo mejor que *el David* porque *el David* atrae a los turistas: el jardín de Bóboli. Y bajo las sombras de los árboles y el calor sofocante y el olor hastiante de flores y agua, tenía que besarte porque me repetiste tantas veces un beso, uno solo, estás de vacaciones y qué importa, que esa última frase vino a convencerme.

Te besé con los ojos abiertos, cualquiera diría que es un lugar común aunque fue verdad, bajo la sombra de un gran árbol junto a la fuente de Neptuno. Te besé con los ojos abiertos porque me habían advertido de los ladrones, de los pillos italianos. Volví a besarte en el camino, flanqueado a lado y lado por cipreses, por fin un poco de sombra, pero el beso, como tus ojos, fue blanco, blanco, insulso, como beso de bobo. Te miré bien, en lo hondo de esos ojos fríos de muñeco europeo: los globos oculares blancos muy blancos y el iris, azul muy azul. Se me antojó entonces que no eras de verdad y me parecieron ahora sí vacías en esencia las conversaciones. Entonces caminé sola de nuevo, a dónde, por dondequiera, con la negativa de Poseidón para conocer el mar.

6

Siempre aquí y no conmigo, pensará la infanta Margarita en un gesto celoso, no por amor y amistad fraterna, sino celando como cuando se cela una cosa o una mascota exótica como Mari-Bárbola. Y acaso, si los demás con todo y Corte, con todo y Reino, con todo y Todo, pudieran intuir la fruición de la enana frente al lienzo, el pincel bordeando suave la tela, contoneándose, unas veces firme, otras indeciso e inquieto, sonoro y acuoso, teñido de magenta, de ocre y gris, poderoso creador que sostiene una mano y tras la mano un cuerpo. Y acaso, si supieran que ella quiere ser pincel y lienzo, que quiere sostener la mano y el cuerpo, que quiere ser color y textura, que quiere... ser obra.

7

Sentada en el tren, rumbo a Madrid, me olvido de los besos blancos, mas nunca del calor endemoniado. Parece que estuviera viajando al mismo infierno porque el infierno es caliente y existe. Al paso del paisaje en la ventana voy adivinando porque solemos extender la ropa y dejarla ondear como una bandera en la cuerda de la terraza. En la estación tengo la extraña idea de que he estado aquí antes: es el sonido cantado de las voces familiares en tierras extrañas. Nos miramos y sabemos fácilmente de dónde venimos, esa exposición ante ese otro como yo, me incomoda, me hace caminar más rápido con la cabeza gacha. Quiero creer que estoy lejos de mi barrio, de mi casa. Para eso vine, para saberme lejos y hallarte.

8

Frente a ti, en una proximidad íntima y cómplice. Has atravesado varios siglos en el tiempo, soportado mil embates y yo, un largo viaje y muchos años de existencia despojada de amores para mirarnos y tocarnos a escondidas. Uno frente al otro. La sensación me entra por los pies, como la rabia, engarruñándome los dedos de felicidad intensa y complaciente, ya no aterradora. Sin miedo aunque no pueda moverme. No solo los dedos están encogidos. No vi los pasillos ni las salas ni los otros. Me empeciné en buscarte primero a ti. No responden piernas ni manos. Cuesta respirar y hablar. Espalda arqueada. Reducida a la mitad de mí misma. Somos uno solo. Me miras. Te miro. Me miran. Los miro. ¿Interrumpo, maestro Velásquez? ■